

2015

REVISTA HISTORIAS DEL ORBIS
TERRARUM

ISSN 0718-7246, AÑO 2015, NÚM. 14

<http://www.orbisterrarum.cl>



Emergencia de un Humanismo Crítico frente a la Imagen de lo Desconocido en el Pensamiento de Plinio el Viejo, Plutarco y Estrabón

Emergence of a critical humanism in front of the unknown world's existence. Pliny the Elder, Plutarch and Strabo's thought

Bettine Baader Bade*

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Resumen: A partir de la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, el presente trabajo busca aproximarse al pensamiento humanista de algunos ciudadanos romanos que vivieron entre los siglos I a. C. y I d. C. y que estuvieron influenciados por el consentimiento y la apreciación de otras realidades diversas a la propiamente romana. Desde una perspectiva religiosa y espiritual, interesa estudiar las experiencias frente a lo desconocido que tuvieron Plinio el Viejo, Plutarco, Cicerón y Estrabón, y que permitan reconocer un Imperio que estuvo más cercano a un crecimiento espiritual del ser humano, antes que a una decadencia moral, una realidad espacial que reconoció la existencia del actuar virtuoso en las zonas límites de la Ecúmene, tanto en Asia Menor como en África Septentrional. La visión imperialista de Roma no impidió pensar que todo hombre podía ser un ser racional en potencia.

Palabras clave: Ecúmene, bárbaro, genio romano, curiosidad, virtud

Abstract: Based on Pliny the Elder's *Natural History*, the present research focuses its attention on imperial roman humanist thinking. From a religious and spiritual perspective it studies the experience lived by Pliny the Elder, Strabo and Plutarch of dealing with unknown world. Theses personalities determined a human spiritual growth, instead a spiritual decadence, that was capable to appreciate different realities and recognized the existence of virtuous actions beyond the limits of the *oikoumene*, both in Asia, and in Africa.

Keywords: Ecumene, barbarian, roman genius, curiosity, virtue

* Licenciada y Magíster en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Contacto: bettine.baader@gmail.com

EMERGENCIA DE UN HUMANISMO CRÍTICO FRENTE A LA IMAGEN DE LO DESCONOCIDO EN EL PENSAMIENTO DE PLINIO EL VIEJO, PLUTARCO Y ESTRABÓN

Bettine Baader Bade

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

I- Introducción

Como característica inherente al espíritu e intelecto de los seres humanos, la curiosidad ha puesto a prueba en numerosas ocasiones la forma a través de la cual las distintas civilizaciones se han ido relacionando con su entorno. La incompreensión acerca de lo que ha rodeado al hombre ha sido perfectamente sensible en aquellas situaciones en las cuales el espacio no ha logrado ser concebido dentro de los límites de la imaginación propia de un grupo humano en particular. La sensación contradictoria que surge entre la necesidad de las personas por dar sentido a todo lo que las rodea y la retracción frente a lo novedoso, como una respuesta natural de todos aquellos que se hayan insertos dentro de un sistema sociocultural restringido a una forma exclusiva de representación de sus alrededores, es aplicable a una de las experiencias más interesantes de la vida en general, el viaje.

Los documentos referentes a expediciones marítimas de época romana alto-imperial han permitido conocer de qué manera lo maravilloso siempre ha contado con un contexto socio-cultural y político-económico que lo respalda y restringe a la vez. En nuestro caso, la compleja realidad de la Roma imperial se fundió con la fantasía, la cual al mismo tiempo se impuso como un límite, en la medida que definió la postura que los ciudadanos romanos del siglo primero adquirieron frente a la *Ecúmene*. Si bien es cierto que, como dice Ludwig Friedländer,¹ el conocimiento de la verdad no llegó nunca a

¹ Friedländer, Ludwig, *La Sociedad Romana, historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos*, Fondo de cultura económica, Ciudad de México, 1947

desplazar por entero fabulas ni versiones maravillosas, incluso entre aquellos más sabios, también lo es que, el conocimiento jamás se ha reducido a una sola versión de lo concebido como real. Hay muchas formas de conocer y de desconocer lo que nos rodea, y en este caso, consideramos que la confusa vida espiritual de los ciudadanos romanos, junto al aparato crítico humanista de algunos, tuvieron bastante que decir respecto a la calidad humana de quienes habitaron en el límite del mundo romano.² La representación que el viajero tuvo de sus alrededores tiene absoluta relación con lo que Villalobos ha señalado en lo referente al viaje, al cual describe como una experiencia que buscó “abrir nuevos caminos al conocimiento del mundo y culturas existentes a través de relatos y descripciones de paisajes y de culturas”.³ Ello permite constatar que el propósito de describir el espacio circundante se sostuvo, no en un lamento hacia lo desconocido, sino en una curiosidad que tendió a evaluar los alrededores desde perspectivas sobre las cuales poco se ha reparado.

La relación con los habitantes del mundo desconocido y el modo en que aquello nos define, constituye nuestro principal foco de análisis. A partir de allí buscaremos estudiar la obra de un ciudadano romano cuyos viajes como funcionario imperial en las provincias de Hispania y Galia, lo convierten en un ejemplo digno del crecimiento espiritual propio de época alto imperial. La *Historia Natural* de Plinio el Viejo (23 d. C – 79 d. C) constituye así un testimonio distintivo y único a partir del cual es posible contrastar la visión que ha tendido a concebir el contexto imperial romano como un pasaje histórico que fue espiritualmente decadente, producto de la asimilación de prácticas religiosas y culturales exóticas ajenas a las verdaderamente tradicionales.⁴

² Cuando hablamos de sociedad romana, debemos ser conscientes de una realidad que fue bastante confusa y compleja, como es lógico esperar de un grupo humano en vías de expansión no sólo política, administrativa y económica, sino también cultural e intelectual.

³ Villalobos, Alejandro, "Gobernantes viajeros: el emperador Adriano (117-138), un caso en el mundo antiguo", *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, RIL, Santiago, 2010, pp.273-298, p. 277

⁴ Se ha utilizado como testimonio principal de la época la *Historia Natural* de Plinio el Viejo (Guy Serbat trad., Gredos, Madrid, 1998), enciclopedia publicada aproximadamente hacia el año 77 d. C y que reúne una gran cantidad de conocimientos sobre la geografía, la botánica, la zoología, la mineralogía, la medicina y la etnografía de la época. Plinio el Joven señaló que la obra se caracterizó por enseñar muchas materias, tan variadas como la naturaleza en sí misma (*The Encyclopaedia Britannica, a dictionary of arts, science, literature and general information*, Vol XXI, Cambridge University Press, Nueva York, 1911, pp. 841 844). Se utilizará para el presente trabajo únicamente los libros II, III, IV, V y VI en los cuales es posible identificar una descripción de la ecúmene en su totalidad, que abarca el relato geográfico y la condición jurídica de cada uno de los pueblos, dependiendo el caso de sí son o no son provincia romana. La

Dicho prejuicio hace justicia a la conciencia que tomaron algunos como Plinio, Cicerón (106 a. C- 43 a. C), Plutarco (46 d. C- 120 d. C aprox.) y Estrabón (63 a. C- 20 d. C aprox.) frente al decaimiento de los valores romanos de la República, pero ello no significa que el historiador contemporáneo deba unirse a dicha valoración,⁵ sino que más bien convendría cuestionarse sobre qué había detrás de aquel llamado a mejorar las costumbres, e incluso, reparar en el esfuerzo intelectual que hizo el naturalista y otros de su época por contrarrestar los comportamientos que eran considerados erróneos. Aquella postura, por lo demás, es justamente la que nos permite suponer que existieron moralistas conscientes que supieron valorar al ser humano desde su esencia. Lo que hace notable esta actitud en Plinio es que aquel no solo habría enseñado a sus contemporáneos en base a las virtudes del pasado, sino que se enfocó en ejemplificar los valores que se requerían a partir de seres humanos de su propio presente, y que se hallaban en el límite del mundo conocido.

Para comprender el modo a través del cual el romano debió definir lo desconocido, podemos basarnos en la conjugación entre dos actitudes básicas del ser humano, el rechazo y la aceptación. El rechazo, que podríamos decir es la primera reacción frente al otro, que aparece representada tímidamente en algunos pasajes de Plinio, responde al compromiso con los valores tradicionales, mientras que la aceptación

recopilación de datos y periplos de otros geógrafos, historiadores y pensadores grecorromanos, tanto contemporáneos y antecesores de Plinio, tales como Varrón, Agripa, Mela, Estrabón, Aristóteles, junto a los relatos de viajes de Alejandro Magno hacia la India y Juba II de Mauritania hacia las Canarias, suman con la experiencia de Plinio como militar y procurador imperial en Galia e Hispania, un gran número de fuentes y testimonios que fundamentan la visión general que en época alto imperial se tenía acerca del espacio que circundaba el mundo conocido.

⁵ El historiador Velleio Paterculus (19 a. C – 31 d. C) describe la decadencia moral que se hace evidente luego de la derrota de Cartago: “Una vez suprimido el miedo de Cartago, desaparecida la rival del Imperio, no de a poco, sino en curso precipitado, los romanos se apartaron de la virtud e irrumpieron en los vicios: la antigua disciplina fue abandonada y una nueva introducida. La ciudad pasó de las vigiliass al sueño; de las armas, a los placeres; de los trabajos, al ocio. Y entonces, Escipión Nasica construyó un pórtico en el Capitolio, entonces Gneo Octavio construyó en el Circo el pórtico más esplendido de todos, así, a la magnificencia publica siguió el lujo privado” (*Historia Romana* II, 1). Para un mejor análisis véase el artículo del profesor Héctor Herrera, “Velleius Paterculus, Moralista”, *Revista Semana de Estudios Romanos*, ISSN 0716- 6214, Vol.VI, Universidad Católica de Valparaíso, 1991, pp. 13-20. En algunos casos, los llamados de atención por parte de Plinio, Velleio y otros moralistas, se han transformado para muchos historiadores en testimonios directos de decadencia, pasando por alto su discurso, perdiéndose así la esencia de sus obras y las herramientas morales que ellos mismos propusieron como métodos de superación cultural. En su libro *La Metamorfosis de Roma, espacios, figuras y símbolos* (Universidad de Puerto Rico, 1998) el historiador Esteban Tollinchi supone que el lujo asiático del cercano Oriente es una de las razones que permiten evidenciar “la enorme decadencia moral del pueblo romano” (p.363). Si bien

puede verse como el resultado de la curiosidad, inherente al comportamiento humano en general, y que se destaca por reconocer en lo desconocido, no una nueva verdad, sino más bien una posibilidad que se estima en relación al conocimiento universal, y que llegado el momento puede incluso llevar a reconocer en un ser humano distinto una verdad propia. Un modo de entender cómo se logra esto podría ser a partir de la individualización del conocimiento, que contiene en sí mismo una conexión entre aquello que nos limita - tradición- y aquella adrenalina y curiosidad que a través de la tradición, *virtus*, –aplicada como principio universal- nos permita racionalizar aquello que no conocemos. Esta forma de representar al otro sugiere que exista el genio romano, el carácter romano a través del cual Plinio y otros ciudadanos romanos lograron proyectar lo propio, en los demás.

En efecto, la concepción de la *Ecúmene* como un espacio habitable que abarcó la totalidad de creencias, incluyendo el relato fantástico e incluso, reconociendo la existencia de un comportamiento moral en grupos ajenos al ser romano, tales como los taprobanenses,⁶ solo sería posible comprenderla a partir de un crecimiento espiritual que habría visto surgir en hombres sabios una conciencia humanista que concibió y aceptó toda creación humana como parte de un solo mundo, al mismo tiempo que reconoció la capacidad de obrar sabia y virtuosamente en grupos ajenos a la Roma Imperial.

Antes que todo, es necesario precisar que la *Historia Natural* de Plinio el Viejo se inscribe dentro del ámbito de la geografía histórica, y sobre ella Estrabón señalaba lo siguiente:

La geografía debe exponer en primer lugar nuestro mundo habitado, sus dimensiones, su figura, su naturaleza y su relación respecto a la tierra entera, pues esta es la tarea propia del geógrafo. Después debe dar la explicación conveniente de cada una de las regiones, tanto terrestres como marítimas, añadiendo cuanto no haya sido suficientemente tratado por nuestros predecesores, especialmente los considerados los mejores en estos temas. Sumar a ello las dimensiones y características del globo. Se requiere conocimiento suficiente, amplia gama de disciplinas científicas y humanista.⁷

su objetivo es analizar la sátira romana, no deja de llamar nuestra atención que utilice el término “decadencia” para referirse a toda la sociedad.

⁶ Habitantes de la isla de Tapróbane, actualmente conocida como Sri Lanka.

⁷ Estrabón, *Geografía* (Gredos, Madrid, 1991, p. 109)

Como puede verse, no es solo una exposición del mundo habitado, sino una descripción en torno a él, es un relato que está definido y sellado por el interés y, como veremos, por la curiosidad de quien los escribe. Gioia Conta la concibe como una disciplina que explica y figura la naturaleza desde su aspecto físico, etnográfico, científico y mítico a partir de la individualización del conocimiento,⁸ de modo tal que, son la inquisición individual y los intereses personales los que definen el criterio selectivo que dará luz al relato en cuestión. Plinio escribe sosteniéndose de aquellas nociones que considera necesarias dar a conocer, las cuales va definiendo a partir de las peculiaridades que, según su criterio, identifican a una región respecto a otra,⁹ despreciando el detalle y destacando lo más relevante.¹⁰

En la *Historia Natural*, las fuentes son utilizadas de manera sintética en aquellos lugares límites del imperio, lo cual explica el desorden que a veces se le critica.¹¹ En la medida que avanza su geografía y se acerca a los límites del imperio, Plinio parece fatigarse de testimonios objetivos y recurre al relato de lo fabuloso donde la confrontación de los datos es privada del apoyo de testimonios sólidos, yuxtaponiendo las informaciones en lugar de hacer síntesis de ellas.¹² De acuerdo a esto, al geógrafo no puede criticársele de seleccionar lo que más le conviene, puesto que su labor responde a una disciplina dentro de la cual la curiosidad personal tiene preferencia por sobre la objetividad científica.

II- Una visión de la *Ecúmene*: curiosidad y fundamento crítico de la *HN*

La posición que tomó Plinio respecto a un pensamiento humanista crítico surgió de acuerdo a su rol como procurador en la Galia Narbonense y en la Hispania

⁸ Conta, Gioia, “El Estudio de la Geografía Histórica”, *Revista Semanas de Estudios Romanos*, XII, ISSN 0716-6214, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2004, pp.19-29

⁹ *Ibíd.*, p.25

¹⁰ Ejemplo de lo anterior es la selección de testimonios que Plinio hace al describir la ecúmene: para Occidente utiliza a Varrón, Turriano, Agripa y Mela; para Grecia y Oriente se confía de los autores griegos de geografía general, como Eratóstenes, también utiliza periplos y testimonios de viajes, como las expediciones alejandrinas; y por último, para África y Etiopía se basa en las descripciones de Juba II de Mauritania (Arabica) y en los comentarios de Agripa. *Historia Natural* (Introducción) p.77 y ss

¹¹ *Ibíd.* Se critica también la poca científicidad de su obra, sin embargo, ésta debe valorarse sobre todo por la curiosidad y energía que demuestra, Cf. Enciclopedia, p.846

¹² *Historia Natural* (Introducción), p.77 y 78

Tarraconense bajo la dinastía Flavia (69 d. C – 96 d. C), así como también sus viajes como prefecto de la flota romana al servicio del emperador Vespasiano (69 d. C -96 d. C) -a quien dedicó la obra- le otorgaron una visión acerca del entorno físico y natural que aportó enormemente a su consideración sobre el ser humano. Si se concibe al viaje como una aventura intelectual en la cual la adquisición de conocimiento sobre el espacio circundante tiende a contribuir a nuestra concepción de nosotros mismos, estamos hablando de lo que dicha experiencia debió significar para Plinio.

El modo a través del cual el naturalista se enfrentó al mundo tiene absoluta relación con la concepción senequista del término “curiosidad”, que hace referencia al don que había sido otorgado por la naturaleza para que el hombre lograra a través de su ingenio contemplar e investigar los misterios del Universo.¹³ En efecto, Plinio logró concebir la relevancia del poder divino dispersado en la naturaleza, no obstante, como señala Mary Beagon, la curiosidad pliniana era básicamente una curiosidad terrenal e intelectual más que celestial. El naturalista identificó como propósito fundamental de la naturaleza el llevar al hombre a ser espectador de todo lo que lo rodea y de lo que incluso el mismo podía llegar a ser, de modo que el entorno desconocido no debía percibirse como dañino, sino como parte íntegra del universo mismo del cual todos formaban parte.¹⁴

La curiosidad intelectual que llevó a Plinio a escribir su obra permite justificar la ausencia de observación directa, un rasgo que de acuerdo a Trevor Murphy caracterizó a los escritores de la Antigüedad.¹⁵ Si bien el naturalista realizó viajes, los fragmentos que nos interesan y que tienen relación con aquellas personas que habitaban más allá del Imperio, se basaron en declaraciones oídas por él y no en vivencias personales. Sin embargo, uno podrá darse cuenta a través de las páginas que el sello de Plinio no consiste en la revelación de lo verídico, sino en la forma a través de la cual manipuló la información. Para llamar la atención de sus lectores, el naturalista supo enfrentarlos a lo

¹³ Beagon, Mary, “The curious eye of the elder Pliny”, Gibson Roy y Morello, Rutg (Ed), *Pliny the Elder: Themes and Contexts*, Brill, Boston, 2011, pp.71-88, p.72: Curiosorum-Curiosidad / Cura- Cuidado. El término adquiere sentido según quien lo emplee. Para Cicerón y Plutarco, el curioso es quien debe tener cuidado al entrometerse en materias inapropiadas e indignas. Aristóteles enfrenta el término *curiosorum* con la vista, la cual es el mejor sentido para el conocimiento (pp. 71 -72)

¹⁴ *Ibíd.*, p.82

¹⁵ Murphy, Trevor, *Pliny the Elder's Natural History, The empire in the encyclopedia*, Oxford University Press, Nueva York, 2004, p.81

que él consideraba maravilloso, con el fin de estimular la actividad mental de sus contemporáneos, convencido de que la reacción emocional era completamente necesaria.¹⁶

Al sumergir nuestra mirada en la *Historia Natural* nos encontramos con una exhaustiva descripción sobre la *Ecúmene* que abarca, tanto a la geografía física y humana, como la organización política y condición jurídica de cada una de las partes que la componen. Permeado el relato de pasajes históricos y míticos, llama la atención lo que en los primeros seis libros viene a ser una acabada descripción de aquellos modos de vida de pueblos de Numidia, Egipto, Judea, Escitia, del Ganges y Etiopía. Sobre los hiperbóreos decía:

Tras estos montes y más allá del Aquilón vive una prolongada vida un pueblo feliz- si aceptamos lo que se nos cuenta -que recibe el nombre de hiperbóreos, de los que se narran maravillosas fábulas. Se cree que allí se encuentran en los goznes del mundo, y los puntos extremos de las órbitas de las estrellas...¹⁷

Respecto a las Mauritania señalaba:¹⁸

Los antiguos hablaron de ella con muchísimas leyendas: allí estaba el palacio de Anteo y tuvo lugar su lucha con Hércules, también estaban los jardines de las Hespérides. Por lo demás, desde el mar se extiende un estuario con un curso muy sinuoso, que ahora se cree que eran las serpientes que estaban a modo de guardia.¹⁹

En la medida que se avanzaba por el Océano Eoo era posible encontrar a los escitas antropófagos: “se alimentan de carne humana; en consecuencia, en su entorno existen parajes deshabitados inmensos y una multitud de fieras que acometen la crueldad de unos hombres en todo semejante a la suya”.²⁰

Por su parte, en las zonas más lejanas de África:

¹⁶ Beagon, *Op.cit.*,p.80

¹⁷ Plinio, *Historia Natural*, IV, 89, p. 151

¹⁸ Marruecos y parte de Argelia

¹⁹ Plinio, *Historia Natural*, V, 2,3, p.179

²⁰ *Ibíd.*, 53, p.313

Los atlantes, si creemos lo que cuentan, son una degeneración de las costumbres humanas. En efecto, entre ellos no existe el empleo de nombres propios y contemplan reunidos, con terribles imprecaciones, la salida y la puesta del sol (...) los trogloditas excavan cuevas, éstas son sus casas; comen carne de serpiente y usan un silbido, no la voz (...) los augilas adoran sólo a los espíritus infernales (...) Se dice que a los bleurias les falta la cabeza, y tienen la boca y los ojos puestos en el pecho (...) los sátiros no tienen ninguna costumbre humana, aparte de su figura de hombre.²¹

Si bien parece atractivo conocer cuál es el origen de estas descripciones fabulosas, de igual interés resulta estudiar el motivo que definió su uso. Los extractos nos permiten ver que, en la medida que Plinio se alejaba de los límites imperiales y se acercaba a los grupos humanos desconocidos, comenzaba a tomar una postura bastante particular.²² Friedländer sostiene que al relatar sobre una raza tan exótica y mítica como la de los hiperbóreos, no hacía más que reconocer que la existencia de monstruos y criaturas anormales era tan real como la grandeza de la Roma Imperial.²³ Resulta, sin embargo, que escribir sobre este tipo de cosas no significó necesariamente un reconocimiento de su existencia, y es que, como dijimos, la descripción de la *Ecúmene Pliniana*, además de haber estado basada en un sinnúmero de noticias de geógrafos y eruditos de la época, debió también responder al criterio del mismo Plinio.

A partir de todo el conocimiento que había logrado adquirir durante su vida, fue capaz de observar críticamente aquello que le parecía correcto enseñar en su obra y aquello que no. En su caso, la gran variedad de ámbitos que abarca y en el caso que estudiamos, los primeros libros en los cuales describe el mundo habitado, responden en gran parte a su propia curiosidad y a un juicio selectivo bastante generoso en la medida que tiende a aceptar todo tipo de conocimiento, sea oral o escrito.²⁴ De acuerdo a Schultze, la *Enciclopedia* incluía todo lo necesario para tratar al ser humano en su tiempo y en su espacio, entre el mundo natural y el cosmos, interesaba el hombre como entidad

²¹ *Ibíd.*, V, p.202 y ss.

²² En la Introducción a la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, Guy Serbat señala que, al abandonar el imperio con su organización conocida, Plinio tiende a describir en base a las fábulas, lo cual se hace evidente en los territorios de Etiopía, y aquellos al Este o Sur del Nilo. Cf. Plinio, *Historia Natural* (Introducción).

²³ Friedländer., *Op.cit.*, p.452

²⁴ *Ibíd.*, p.162

intelectual y social, en relación al presente y pasado de la humanidad.²⁵ En ese sentido es esencial comprender que la obra constituye un compendio de diversas materias, una selección de todo aquello que se había imaginado e inventado sobre lo desconocido, de acuerdo a lo cual la narración de lo maravilloso se debe concebir como un favor para los lectores de la época y no como ejemplo de las creencias de su autor.

Por lo demás, es un narrador bastante juicioso en lo que a testimonios se refiere, puesto que no solo se encargó de distinguir lo que él había visto de lo que había leído u oído de los demás, sino que también mantuvo una postura reticente frente a aquellas noticias que no tenían cabida en “su mundo real”. Ejemplos como, “si creemos lo que cuentan”, demuestran que Plinio no se remitía a mencionar su fuente sin emitir antes un comentario al respecto, lo cual en ningún caso impidió que los incluyera en su relato, precisamente porque aquellos rumores también eran parte del conocimiento humano universal.

Junto a la curiosidad de Plinio y al énfasis que a través de este comportamiento pone en rescatar todo lo que pueda contribuir al intelecto e imaginario de la humanidad, debemos matizar también en otros aspectos de su obra que adquieren relevancia dentro del contexto espiritual e intelectual de la época. Al concebir la *HN* desde una perspectiva humanista sobre la cual ya comenzaremos a ahondar, es posible dilucidar una tensión inminente entre la cultura tradicional romana y el arribo de nuevas creencias religiosas. Ello dio paso a una compleja realidad espiritual donde la idea que se tenía sobre la Roma Imperial influyó inmensamente, aunque no restringió, la postura que nuestro humanista en cuestión junto a otros de su época tuvieron frente al mundo desconocido.

III- Consideraciones en torno a Roma y su rol para la *HN*

La concepción de Roma por parte de los ciudadanos romanos hacía referencia a una ciudad idílica y ejemplar que se alzaba frente a todo lo que la rodeaba. Por lo mismo, la lejanía respecto a la patria solía incentivar en algunos la apreciación por todo lo que ella involucraba y el desinterés por lo demás. En una de las cartas enviadas por Cicerón a

²⁵ Schultze, Clemence, “Encyclopaedic exemplarity in Pliny the Elder”, *Pliny the Elder: Themes and Contexts*, Gibson, Roy y Morello, Ruth (Ed), Brill, Boston, 2011, pp.167-186, p.169 y ss.

familiares y amigos suyos durante su proconsulado en Cilicia entre los años 51 y 50 a. C, se expresaba de la siguiente manera: “Roma, Roma vívela, Rufo Mío, y disfruta de su luz. Hace mucho tiempo que comprendí que cualquier tiempo en el extranjero es monótono y triste”.²⁶

A Ático, por su parte, señalaba:

No puedes figurarte como me cansa mi papel. No encuentro campo para la actividad de ánimo que me conoces. Mi principal mérito queda inútil. Juzgar los asuntos de La Odicea, en tanto que Plocio juzga los de Roma; mandar dos pobres legiones, cuando nuestro amigo está al frente de tan hermoso ejército, no es esto en último caso lo que me disgusta. La luz, el foro, Roma, mi casa, todos vosotros, esto es lo que me falta. Soportaré como pueda este destierro, con tal que no dure más de un año.²⁷

La ausencia de su patria le confirmó la grandeza incomparable de Roma frente a todas las demás naciones existentes en el espacio habitado, y como tal, era su lugar en el mundo.²⁸ De acuerdo a Francisco Pina, Cicerón no parecía demostrar ningún interés por lo que lo rodeaba, en ninguna de sus cartas es posible apreciar costumbres locales que le hubiesen llamado la atención, ni referencias al paisaje de las regiones por las que se movió durante su mandato, solo le importaba Roma y volver a ella.²⁹ Esta indiferencia por el mundo que lo rodeaba tiene relación absoluta con la convicción que tuvo el ciudadano acerca de la superioridad de la moral y cultura romana.³⁰

Por otro lado, décadas más tarde, al describir la Italia de su *Ecúmene*, Plinio señalaba lo siguiente:

Elegida por voluntad de los dioses para hacer el cielo mismo más luminoso, congregar imperios antes esparcidos, educar los hábitos sociales y, con la comunidad de la lengua, llevar al entendimiento a gentes de hablas tan diferentes y salvajes y aportar la civilización al género humano (...) La ciudad de Roma ella sola, y dentro de ella su

²⁶ Cicerón, *Obras Completas*. Carta familiar a Marco Celio Rufo, II, 12, 2, año 50 (Anaconda, Buenos Aires, 1946)

²⁷ Cicerón, *Obras Completas*: Cartas políticas, V, XV, a Ático, p.621

²⁸ Pina, Francisco., *Marco Tulio Cicerón*, Ariel, Barcelona, 2005, p.268

²⁹ *Ibíd.*, p.680 y ss.

³⁰ *Ibíd.* Cf. Sagistrani, Marta, “Las relaciones de Roma con las provincias: el preconsulado de M. T Cicerón en Cicilia”, *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, RIL, Santiago, 2010

inmensidad y una estampa digna de adornar su cerviz con guirnaldas de fiesta, ¡con qué fuerza debe ser descrita! (...) Es, en efecto, tan grande la vigorosa y constata salubridad de ella, tanta la moderación del clima, tan fértiles las tierras de labor...³¹

Considerando el enorme contraste que hay entre las cartas de Cicerón, en donde prima la indiferencia hacia lo desconocido, y la *Historia Natural* de Plinio, quien, como se ha venido diciendo, mostraba un gran entusiasmo por conocer todo acerca de lo recóndito, no se puede negar tampoco el hecho de que ambos veían a Roma como el lugar que había sido destinada a ser la más grande de todas las ciudades del orbe, representante de todos los valores morales, maestra y madre del verdadero ciudadano.

Ahora ¿qué pudo haber detrás de este sentimiento hacia Roma, y qué tan presente se halla aquella urbe en la *H.N*? Valerie Nass y Trevor Murphy consideran que la relación existente entre la obra y el Imperio abarca mucho más que un par de fragmentos y va más allá de las referencias directas. La alabanza se extiende a la suma de los temas abarcados, en la medida que todos fueron escritos únicamente porque el poder romano organizó todo para ello.³² El imperialismo vino a representar según ambos autores una conquista de conocimiento en que, tanto los descubrimientos de nuevos territorios, como la llegada de nuevas prácticas espirituales, despertaron un interés general por lo extraordinario. Todo lo maravilloso que aparece descrito en la Enciclopedia apuntó a reconocer y alabar el control de Roma sobre la naturaleza, de modo que todas las cosas del mundo estaban sometidas a la valorización que de ellas hiciese la capital imperial. Nicholas Purcell reconoce en Plinio a quien mejor logró dejar constancia de una alabanza a Italia en base al relato de las demás disposiciones de la naturaleza.³³

Así, una *mirabilia* tal como el obelisco egipcio sería admirado como una belleza romana en memoria de Augusto, siendo considerada incluso menos bella que la infraestructura de las fuentes y acueductos de la ciudad misma.³⁴ De acuerdo a ello, la historia de Plinio tiende a narrar un mundo distinto en que Roma absorbe y significa la

³¹ Plinio, *Historia Natural*, III, p.29

³² Murphy, *Op.cit.*, p.50. Cf. Nass, Valerie, "Imperialism, Mirabilia and knowledge: some paradoxes in the Naturalis Historia", *Pliny The Elder: Themes and Contexts*, Gibson, Roy y Morello, Ruth (Ed), Brill, Boston, 2011, pp.57-70

³³ Purcell, Nicholas, "Rome and Italy", *The Cambridge Ancient History*, Vol XI The High Empire, A.D. 70-192, Cambridge University Press, Nueva York, 2008, pp. 405-440, p.430

³⁴ Nass, *Op.cit.*, p.62 y ss.

periferia. Sin embargo nos preguntamos ¿cuál era el límite de definición? Si bien el relato es producto de Roma, y su realización es para el hombre romano ¿cuál era realmente el objeto en torno al cual giraba la obra propiamente tal? ¿Roma o el hombre?

Como puede verse, hay una tensión evidente entre la labor de Plinio y el poder de la *urbe* frente al conocimiento, sin embargo, en el presente trabajo no buscamos profundizar en la implicancia de la obra en su contexto imperial, sino en el sujeto humano que surge de su narración. La significación de todo lo ajeno al ser romano era sin duda alguna una construcción realizada desde la ciudad misma, no obstante debemos cuidarnos de no olvidar que el poder de Roma se tradujo en la asimilación y no solo en la retracción hacia lo desconocido. En el caso de Plinio, fue la curiosidad la cual lo llevó a adentrarse en la búsqueda del entendimiento sobre otras formas de vida, y fue aquella también la que le otorgó un lugar esencial dentro del ámbito de la geografía histórica de la Antigüedad. Es esto lo que nos permite suponer que la creación de la Enciclopedia estuvo orientada, tanto a la gloria de Roma, como a la del hombre, entendiéndose a éste último desde una perspectiva universal.

El pensamiento de Plinio y Cicerón estuvo inserto en una realidad espiritual determinada por parámetros propiamente romanos, y en base a los cuales el humanista creó los suyos propios, que fueron los que, por lo demás, definieron su postura frente al mundo desconocido. Este proceso intelectual e íntimo que permitió la emergencia del humanismo crítico, se dio a partir de dos aspectos fundamentales y relacionados entre sí, el genio romano y el conocimiento sobre uno mismo.

IV- El genio romano. Adaptaciones y emergencia de un humanismo crítico frente a la diversidad espiritual

Pierre Grimal escribió hace algunas décadas que la vida espiritual de los romanos fue mucho más compleja de lo que algunos historiadores venían pensando cuando la identificaban con un cumplimiento formal de un contrato entre el hombre y la divinidad. Se creía que esta especie de compromiso fue la que facilitó la acogida de los cultos orientales más emotivos en un momento en que la expansión imperial traía consigo la llegada de numerosas prácticas extrañas a la ciudadanía romana que ocasionaron la

pérdida del sentido de vivir.³⁵ En el presente análisis se plantea que dicha formalidad distó bastante de ser un acuerdo vacío que posibilitó la llegada de nuevas formas divinas, sino que más bien consistió en ser la plataforma sobre la cual Roma se erigió como una potencia político-espiritual que jamás cedió por completo a la novedad oriental, en la medida que supo integrarla bajo sus propios fundamentos.

La expansión de la *pax romana* sobre gran parte del mundo conocido trajo según Manuel Antonio Marcos un ambiente de decadencia y debilidad tanto del hombre heleno como del romano,³⁶ lo cual lo indujo a adoptar una postura personalista sobre la vida. Hallándose solo en la inmensidad del imperio, al no contar con un parámetro de conducta determinado, volcó hacia su interior la búsqueda de una respuesta efectiva acerca del motivo de su existencia.³⁷ Efectivamente, el hombre se vio envuelto en una realidad espiritual compleja, sin embargo, aquella realidad no fue para todos decadente, sino prolífera de numerosas experiencias que no hicieron más que confirmar la inclinación del ser romano frente a su patria y a sí mismo.

Cesare Letta ha señalado que existe una idea general de que una de las razones del éxito de Roma tuvo que ver con su grandiosa capacidad de asimilación de la diversidad sobre la cual se expandía, refiriéndose con ello no solo a la ciudadanía, sino también al ámbito social, cultural y religioso.³⁸ Respecto a este último, el recibimiento de los cultos orientales, indiferente a que algunos hayan sido oficializados y otros no, se dio en un contexto de compatibilidad entre aquellos y algunas características de la religión romana, tales como el carácter no exclusivo del politeísmo, la ausencia de una teología dogmática rigurosa y el respeto hacia culturas milenarias.³⁹

³⁵ *Ibíd.*, p.67 y ss.

³⁶ Plutarco, *Cuestiones Romanas*, (Marcos Casquero, Manuel-Antonio Ed., Akal, Madrid, 1992)

³⁷ Marcos Casquero, *Op.cit.*, p.15

³⁸ Letta, Césare, “Las religiones orientales y sus lugares de culto”, *Tiempo y Espacio*, nr.7 -8, Universidad del Bío-Bío, 1997/1998, pp.53-66, p. 53. Cf. Liebeschuetz, Wolfgang, “Religion”, *The Cambridge Ancient History*, Vol XI The High Empire, A.D. 70–192, Cambridge University Press, Nueva York, 2008, pp.984-1008

³⁹ Letta, *Op.cit.*, p.54. De los distintos casos de tolerancia romana, el egipcio fue el más particular debido a que implicó una plena asunción de sus formas religiosas. El politeísmo y la ausencia de ortodoxia favoreció la aceptación de cultos egipcios mientras estos no sirvieran como fin político. Por lo demás, la fascinación por los obeliscos, el respeto hacia su civilización, la admiración por la escritura jeroglífica y la momificación fueron factores que contribuyeron a la tolerancia. Cf. Ajá, José Ramón, “Tolerancia religiosa romana e intolerancia cristiana en los templos del Alto-Egipto: Raíces y huellas”, *Gerión*, 25, núm. 1, 2007, pp. 417-470

Hacia el año 58 y 48 de nuestra era fue posible identificar en los Balcanes el culto a la diosa Isis, el cual fue proscrito por el Senado 4 veces en un ambiente de abandono espiritual por parte del pueblo hacia los cultos de Estado y de sometimiento hacia nuevos dioses extranjeros que,⁴⁰ transportados por sus gentes hacia todas las partes del Imperio, prometían prosperidad en la tierra y en el más allá.⁴¹ Por otra parte, el culto a Mitra se expandió hacia el siglo I d. C desde el Ponto Euxino hacia la Roma Imperial, haciendo gala de un rol protector para los soldados y de su invencibilidad como dios Sol.⁴² El Estado admitió el culto de la diosa frigia Cibeles mientras el Senado lo controlase, sin embargo, el misticismo presente en ritos naturalistas y ceremonias orgiásticas, y la religión dionisiaca del siglo II a. C,⁴³ siguieron contribuyendo a esta convergencia de prácticas místicas, astrológicas y mágicas, que escaparon a su control.

No obstante –de acuerdo al tema que nos atañe- esta diversidad espiritual que venía expandiéndose a través de todos aquellos espacios en los cuales imperaba la religión tradicional romana, no se tradujo en una aceptación y práctica inmediata de los ritos orientales por todos los sectores de la sociedad. La aceptación del culto a Isis definitivamente no fue lo que determinó el humanismo que caracterizó a aquellos a quienes hemos buscado referirnos. Creemos que el humanismo crítico de la época alto imperial surgió a partir del enfrentamiento entre lo desconocido y aquello que Grenier ha denominado como *el genio del ser romano*, el cual vino a manifestarse de una manera más explícita con la aparición de los cultos arriba mencionados. Para nuestro caso, el genio no es sino aquella conducta que se hace presente de momento en que analizamos la complejidad del comportamiento religioso alto imperial en relación a determinadas responsabilidades cívicas morales.

⁴⁰ Grenier, Albert, *El genio romano en la religión, el pensamiento y el arte*, UTEHA, Ciudad de México, 1961, p.336 y ss.

⁴¹ Las provincias orientales permanecían fieles a este culto que había sido introducido en tiempos de Sila, e incluso desde el reinado de Augusto, y que acogía a todos aquellos pecadores, tanto hombres como mujeres, que requerían de la redención. Grimal, Pierre, *La civilización romana. Vida, costumbres, leyes, artes*, Paidós, Barcelona, 1999, p.85 y ss.

⁴² *Ibidem*. Según Grimal, aunque el culto no se haya hecho oficial, la noción militar sedujo a muchos romanos, entre los cuales se encontraba Nerón. Asimismo, otras creencias, tales como la adoración a Atargatis, diosa de los esclavos sirios, o el culto a Adonis, dios de la vida y de la vegetación, así como también la astrología caldea, cuyos magos fueron temidos como amenaza a la ciencia astrológica, e incluso la magia, dominaron la vida espiritual de la época imperial. Para más detalles del culto a Mitra, Cf Letta, *Op.cit.*, p.7 y ss.

⁴³ Grimal, *Op.cit.*, p.85

La trilogía, *virtus*, *pietas* y *fides*, entendidas por Grimal como, disciplina, respeto y fidelidad a los compromisos, convergieron en una práctica cotidiana del romano que adquirió sentido en la medida que pertenecía al orden de la ciudad y contribuía a la cohesión social.⁴⁴ Aquella trilogía –que constituye a su vez la base del genio romano– dominó todos los aspectos de la vida, y la religión no hizo más que garantizarlas en cuanto su eficacia significaba un reconocimiento más allá del mundo visible.⁴⁵ La vida espiritual avaló las virtudes, pero el hombre debía fundarlas, de modo tal que los Dioses solo eran observadores de la ley moral que debía guiar al hombre durante su vida entera.⁴⁶ Esta fuerte convicción hacia el comportamiento virtuoso permitió la aceptación de otros cultos siempre y cuando ello no produjese una alteración de los fundamentos políticos y morales del Estado Romano.⁴⁷ La práctica religiosa multicultural debió cuidarse de no interferir con los principios del orden y bien común, a su vez que el Estado debía supervisar que ello no ocurriese. Esto es lo que permite suponer que, a pesar de sus orígenes extranjeros, el culto terminó siendo procesado por un contexto netamente imperial, de modo tal que convergió en una práctica propiamente romana.⁴⁸

Consideramos que la preeminencia de la tradición fue en gran medida lo que impidió que el ciudadano sucumbiera a la confusión espiritual. Al referirse Plutarco a lo que Casio había dicho a Bruto momentos antes de la batalla de Filipos en el año 42 a. C, señalaba: “Quisiera que hubiera dioses a fin de que pudiéramos tener confianza no sólo en nuestros ejércitos, sino en la justicia de nuestra causa”.⁴⁹ Si bien en sus *Vidas* el historiador recurre constantemente al auxilio de los dioses para respaldar la toma de decisiones de los personajes sobre los cuales relata, no debe obviarse esta particular, aunque no anómala, alusión a la inseguridad percibida frente a la presencia divina. Es más, la ambigüedad espiritual hizo que el humanista de la época se mostrara indiferente o incrédulo no solo en relación al culto oriental, sino también en relación a los dioses del

⁴⁴ *Ibidem*

⁴⁵ *Ibidem*

⁴⁶ Liebeschutz, *Op.cit.*, p. 1002

⁴⁷ Ajá otorga como ejemplo a Tácito y su alusión a la necesidad de proteger la *utilitas publica*: Ajá, *Op.cit.*, p. 422

⁴⁸ Liebeschutz, *Op.cit.*, p.985. El autor considera que este dinamismo provocado por los cultos misteriosos fue una característica propia de Occidente, puesto que en Oriente los factores de cambio yacían en otras partes.

⁴⁹ Plutarco, *Vidas Paralelas*, Bruto, p.42

Panteón. No obstante, frente a esta inseguridad espiritual se alzaba el comportamiento cívico de la religión romana.

Grenier acertó bastante al reconocer lo siguiente:

Aún cuando en sus corazones los romanos dejaron de venerar a los dioses, el culto siguió, de hecho, por haberse extinguido el sentimiento religioso, los ritos dedicados a los dioses nacionales y los honores divinos aparecían como muestra de patriotismo romano.⁵⁰

A pesar de que el ambiente espiritual sufriera modificaciones, la religión imperial llegó a ser una nacionalidad que definió la práctica del día a día. Esta vida orientada a la moral y a la virtud, otorgada por el culto tradicional, fue la que definió la personalidad del ser romano, y sobre todo, la de Plinio, Cicerón, Estrabón y Plutarco, en quienes el genio parece haber realizado magníficos resultados.

Consciente de todas las posibilidades que tenía el hombre para saciar su espiritualidad en época imperial, la religión del hombre culto según Grenier se dirigió a la inteligencia, tendió a la interpretación racionalista de las antiguas concepciones míticas, se amoldó a las opiniones individuales, varió según un mismo hombre según las circunstancias de la vida.⁵¹ El historiador señala que Plinio el Viejo es ejemplo de la curiosidad apasionada que mostraron tener algunos romanos por todo lo que lo rodeaba, sin embargo también considera que en las obras, tanto de él como de Varrón, es posible apreciar junto a la intriga y a la búsqueda del conocimiento, el temor a lo que podía causar la verdad. Ello debió llevarlos a “dudar en el razonamiento y a desconfiar de los cambios de un rumbo definido, en cuanto creían que las conclusiones podían chocar con la tradición”.⁵² Esto último explicaría que el genio de Plinio se opusiera al culto extranjero porque éste no respondía a los parámetros de conducta ni a las prácticas espirituales que le eran conocidas y rechazara también la preocupación que el mundo atribuía no solo a los dioses orientales, sino también a los romanos.

⁵⁰ Grenier, *Op.cit.*, p.353

⁵¹ *Ibíd.* p.336

⁵² Grenier, *Op.cit.*, p.364 y ss.

El juicio del naturalista respecto al, *si creemos lo que nos dicen*, nos demuestra que aquel no lograba reconocer como totalmente cierta aquellas fábulas sobre los pueblos ajenos al ser romano, tales como escitas e hiperbóreos, así como también ello explica que se volviese severo frente a las supersticiones persas y émulos griegos.⁵³ Sin embargo, como ya se dijo, es la curiosidad la cual le permitió reconocerlos como parte del conocimiento general. El hecho de que la obra de Plinio se encuentre atestada de episodios maravillosos no es para Mary Beagon una contradicción, sino más bien una vía para “comprender el mundo sub lunar a través del reconocimiento de su volatilidad y variedad”.⁵⁴ Siguiendo a la autora, la *mirabilia* y la explicación se pueden tejer juntas en un círculo sin fin de curiosidad intelectual, de modo tal que en vez de representar al lector de la época un viaje simple y finito de lo maravilloso a la explicación, fuese mejor ofrecer todas las posibilidades,⁵⁵ indiferente a que éstas fuesen o no parte de las creencias del mismo autor.

Grenier señala que el estudio del hombre se presentó en Roma como el objeto esencial de la actividad intelectual, “el conocimiento de los caracteres, de los sentimientos y de las pasiones estaba considerado como el grado superlativo de la cultura y del talento”.⁵⁶ Este estudio sobre el hombre fue un rasgo característico del genio romano que hizo su aparición en las personalidades de Cicerón y Plinio el Viejo, por una parte, y de Estrabón y Plutarco, por otra, y que nos permite explicar incluso, no solo cómo el humanista del Alto Imperio Romano logró integrar al otro desconocido como parte de un universo común, sino también cómo compartió con él una de las características de la cual no todos fueron conscientes: la capacidad de actuar virtuosamente mediante la razón. Esta valoración del otro- reiteramos- solo podía darse en compañía del genio romano -guía del buen comportamiento -y la curiosidad -guía que contenía la posibilidad de apreciar en lo nuevo un rasgo propio de la tradición-. El primero era el que permitía racionalizar aquello que la segunda había descubierto.

⁵³ Plinio, *Historia Natural* (Introducción), p. 187

⁵⁴ Beagon, *Op.cit.*, p.86

⁵⁵ *Ibíd.*

⁵⁶ Grenier, *Op.cit.*, p.365

V- El hombre frente a la naturaleza: la asimilación del otro a partir de uno mismo

Cuando Nicolás Cruz se refiere al viaje como una experiencia que se ordena de acuerdo a un imaginario y no a una geografía precisa,⁵⁷ podría suponerse que el viajero romano, en este caso, un viajero formado bajo el *genio* que hemos visto, respondió a una realidad geográfica fundamentada a partir de una imagen de sí mismo, que no necesariamente distorsionó la realidad, sino que se enfrentó a ella. Nos referimos al conocimiento de uno mismo como resultado de un proceso de asimilación del perfil del ciudadano romano que estuvo apegado a un modo de ser determinado, y que, en tiempos de Plinio, volcó su atención al estudio del ser humano como un ser único y racional.

Compañera y madre del conocimiento humano, la sabiduría para Cicerón no era sino la ciencia encargada de corregir los vicios y dirigir las virtudes, en la medida que se ceñía a una ley de la cual derivaban todas las reglas de la vida. El comportamiento del ciudadano romano, señala Grimal, aparecía así fundamentado en una estructura social amoldada en una armadura moral que debía mantenerse sólida hasta el final, lo cual fue asimilado no solo en el ámbito de la religión, sino en el de las doctrinas filosóficas.

El estoicismo permanecerá como una doctrina que fue hecha para justificar, “desde el punto de vista de la razón, la moral instintiva de los romanos”,⁵⁸ cuya base se constituyó en conformidad con la naturaleza, entendiendo a ésta como aquello que es propio del hombre y de la disposición del mundo material y divino, aplicándose también a la ciudadanía. En efecto, “el hombre debía esforzarse en percibir este orden en todos los dominios y conformarse con él”,⁵⁹ era su responsabilidad permitir que fuese seducido por las virtudes de la acción, tales como el dominio de sí mismo, la templanza, la justicia y el valor, las cuales a su vez eran resultado de la sabiduría.⁶⁰ Esta última auspiciaba todo lo bueno y también había creado la filosofía entre los griegos, la cual había enseñado al hombre a conocerse a sí mismo:

⁵⁷ Cruz, Nicolás, “¿Personas informadas en el Mediterráneo Antiguo?”, *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, Ril, Santiago, 2010, p.238

⁵⁸ Grimal, *Op.cit.*, p.75

⁵⁹ *Ibidem*

Esta sola nos enseñó, sin contar otras muchas cosas, la más difícil: a conocernos a nosotros mismos (...) el que se conozca a sí mismo, sentir ante todo que posee algo divino, considerará como imagen sagrada ese espíritu que está en él... cuando se haya reconocido por entero comprenderá a ha venido a la vida adornado por las manos de la naturaleza y como predestinado por ella para conseguir y conservar la sabiduría.⁶¹

En este proceso de reconocimiento, el alma debía identificarse con una sociedad civil que se encontraba al final del camino que debía recorrer la naturaleza humana y a partir de la cual el hombre debía actuar de una determinada manera: “Comprenderá que no debe limitarse a debates puramente sutiles, sino que ha de hablar lenguaje que se extienda más y se sostenga más tiempo”.⁶²

Al introductor de la edición que hemos utilizado del *Tratado Sobre Las Leyes*,⁶³ llama la atención que Cicerón haya dado la misma relevancia a la elocuencia como a la adquisición de conocimiento de uno mismo, de la naturaleza y la divinidad. Al parecer, la búsqueda interior estaba arraigada al modo de ser romano y toda la grandiosidad de la naturaleza humana se comprendía desde la sabiduría, que era la fuente instructiva de los pasos que el hombre debía seguir: “tantas y tan grandes cosas como encuentra en la naturaleza humana el que quiere conocerse a sí mismo, nacen de la sabiduría y ella las educa”.⁶⁴

Reconocía Cicerón la capacidad del ser humano para conocerse a sí mismo, lo cual otorgaría la sabiduría necesaria para superar todo impedimento hacia la virtud. Más relevante resulta para nosotros el reconocimiento que hace el orador referente a las personas y su capacidad de dominar los impulsos e incluso, de abandonar la barbarie, como una característica que involucraba a todo animal racional:

Así pues, cualquier definición del hombre es aplicable a todos; lo cual prueba que no hay semejanza en la especie, porque, si existiese, no comprenderían todos los individuos la misma definición. En efecto, la razón, que es lo único que nos hace superiores a los demás animales, por la que sabemos inducir, argumentar, refutar, discurrir, demostrar, deducir, es sin duda alguna común a todos (...) No existe, en fin, hombre alguno, de

⁶⁰ Grimal, *Op.cit.* p.76

⁶¹ Cicerón, *Sobre las leyes*, I, p.677

⁶² *Ibidem.*

⁶³ Traductor del libro I del tratado sobre las leyes, Francisco Navarro y Calvo.

cualquier nación que sea, que habiendo tomado la naturaleza por guía, no pueda llegar a la virtud.⁶⁵

No había intención alguna por parte del humanista de rechazar del todo a lo desconocido, sino que más bien existía la posibilidad de integrarlo y darle una oportunidad, ya que estaba convencido de que todos los hombres podían ser virtuosos. El camino para ello era la sabiduría, es decir, la pauta seguía estando determinada por el modo de ser romano. Cicerón demuestra que todo ser humano dentro del mundo habitado debía ser comprendido y valorado a partir de su capacidad racional. Sus ideales de virtud y justicia le permitieron reconocer que todos eran capaces de orientar sus vidas hacia la manera de ser del hombre romano.

VI- El valor de la virtud en el límite de la *Ecúmene*

Hay algo esencial que nos falta por adherir al espíritu humanista, algo incluso más valioso que debe extraerse del testimonio de Plinio, y de otros, como Plutarco y Estrabón. Considerando los años de distancia con Cicerón, Plinio representa un avance respecto al valor del ser humano en la medida que reconoce que no todo aquel que habitaba bajo el Imperio, que no todos los romanos, eran ejemplo de la virtud, de la justicia y de la piedad sembrada durante la República.

Sin duda son este tipo de acusaciones que han quedado testimoniadas en muchos tratados morales de la época, las cuales han solido llevar al historiador a considerar como decadente este alejamiento de la virtud por parte de los ciudadanos romanos. Sin embargo, la conciencia que tomó el humanista en relación a la ausencia de valores morales no lo llevó a lamentarse, sino a identificar y proyectar algunas características propias del espíritu republicano, relacionadas con la austeridad y otros conceptos propios de la sabiduría del genio tradicional, en los límites del mundo conocido. Respecto a una isla ubicada al sur de la India, Plinio señalaba lo siguiente:

⁶⁴ Cicerón, *Sobre las Leyes*, I, p. 677

⁶⁵ *Ibíd.*, p.663

Ni si quiera Tapróbane, aunque relegada por la naturaleza fuera de nuestro mundo, escapa a nuestros vicios. El oro y la plata también alcanzan allí un elevado precio; tienen en gran estima un mármol semejante a las conchas de las tortugas, las perlas y las piedras preciosas; pero, en conjunto, el cúmulo de nuestros placeres es con mucho superior al suyo: los embajadores de Tapróbane decían que sus recursos eran mayores, pero que entre nosotros había un disfrute mayor de las riquezas. Nadie tiene un esclavo (...) los edificios se elevan moderadamente sobre el suelo (...) el pueblo elige como rey, atendiendo a su avanzada edad y benevolencia, aun hombre que no tenga hijos, y, si después llega a tenerlos, es destituido para que la monarquía no se haga hereditaria.⁶⁶

Del testimonio se desprende que si Roma era, al igual que Tapróbane, un centro de poder que se caracterizaba por el gusto por el lujo, entonces la búsqueda de piedras y la ambición que ello conllevaba no tendría por qué haber sido una característica que identificara solamente a los orientales. Murphy apunta al hecho de que, siendo sus tierras las que producían riquezas de modo abundante, eran ellos menos ambiciosos que los romanos en la medida que el uso que hacían de ellas era bastante moderado.⁶⁷ Por lo demás, como hace notar el autor, la descripción que hizo Plinio fue construida en base a la perspectiva romana, lo cual explica que la representación de dicha monarquía fuese reflejo de los deseos del Senado y su admiración por la mesura que allí era posible encontrar.⁶⁸

Se entiende entonces que Plinio supo reconocer la existencia de un comportamiento de austeridad y moderación fuera del Imperio, así como también certificó que Roma era tan viciosa como la India, e incluso más. Esta mirada dudosa hacia el comportamiento romano hizo también aparición en Plutarco, quien sacó a la luz un tema fundamental, en la medida que criticó la postura del hombre romano frente a los bárbaros:

¿Por qué los romanos, enterados de que los llamados Bletonenses, un pueblo bárbaro, habían sacrificado a un hombre a sus dioses, enviaron a sus magistrados para imponerles un castigo, pero al demostrarse que lo habían hecho por imperativo de determinada ley, los dejaron marchar, mas prohibieron que en el futuro volviera a realizarse semejante

⁶⁶ Plinio, *Historia Natural*, VI, 344

⁶⁷ Murphy, *Op.cit.*, p.112

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 117

sacrificio; y sin embargo, ellos mismos, no muchos años antes, habían enterrado vivos en el llamado Foro Boario, a dos hombres y dos mujeres, griegos unos, los otros galos? Resulta absurdo que ellos realicen aquello que, tratándose de los bárbaros, califican de hecho impío.⁶⁹

La defensa que hace del bárbaro, al igual que Plinio, no buscaba justificar sus actos, ni su religión, sus ritos, ni sus sacrificios. Plutarco no se comprometió con ninguna forma de pensar, porque las consideraba todas partes de un mismo conocimiento, de acuerdo a lo cual se sintió libre de criticar todo aquello que no le parecía correcto. Su crítica no iba dirigida hacia ningún tipo de costumbre, sino que apuntaba a la contradicción del comportamiento jurídico romano, el cual le parecía absurdo. Como retratista moral, fue consciente de los defectos del romano,⁷⁰ y por ello no dejó de ver como descalificable el hecho de despreciar en el otro una práctica que había sido asumida por ellos mismos unos años atrás.⁷¹

De aquí surge un tema que se suma a lo que hemos venido diciendo, y que alude a cómo el reconocimiento de la virtud en los límites de la *Ecúmene* contribuyó a su vez a una nueva consideración respecto al ideario de civilización como demarcación entre ambos mundos. En su descripción sobre el espacio habitado, Estrabón quiso distinguir entre civilización y barbarie según un eje analítico que no se centraba en la raza, sino en la cultura.⁷² Al referirse a los habitantes de Gran Bretaña señalaba: “sus costumbres son, parecidas a la de los celtas, aunque tienen cosas aún más primitivas y bárbaras que las de aquellos. Algunos, por ejemplo, ignoran la fabricación del queso, pese a disponer leche en abundancia. No practican la jardinería ni las demás artes de cultivo”.⁷³

Los modos de vida eran clasificados entre aquellos que si se condecían con la *civitas* y entre aquellos que no, estos últimos que iban siendo arrasados en la medida que

⁶⁹ Plutarco, *Cuestiones Romanas*, p.82

⁷⁰ Espelosín, Francisco, *Introducción a la Grecia Antigua*, Alianza, Madrid, 1998, p. 409

⁷¹ Hacia el año 114 a.C en Roma fueron identificadas como culpables de haber roto su castidad, 3 vestales, según Casquero, Emilia, Licinia y Marcia. Al igual que había ocurrido en 226 y en 216 a. C, el Senado recurrió, influenciado por los adivinos, a los libros Sibilinos, según los cuales un horror como tal debía ser erradicado por el sacrificio de dos griegos y dos galos, sumando a ello el sacrificio de las vestales que la ley formalizó enterrándolas con vida. Recién hacia el año 97 a. C un senado- consulto, puso fin a aquellas prácticas religiosas consideradas arcaicas y bárbaras. Plutarco, *Cuestiones Romanas*, Exégesis, pp.404-408

⁷² Nicolet, Claude, *Roma y la Conquista del Mundo Mediterráneo*, vol II, Labor, Barcelona, 1984, pp. 743-745

⁷³ Estrabón, *Geografía*, IV, p.185

la civilización avanzaba hacia los bárbaros. Según Espelosín, su descripción geográfica sirvió a un interés por querer complacer la clase dirigente y su obra de romanización, de modo que su *Geografía* se volvió una propaganda oficial del Imperio.⁷⁴ Esto explica que la civilización pareciera ser en primera instancia un modelo a imitar, en cuanto identificaba la hegemonía romana como un aspecto favorable a todos los seres humanos, en la medida que actuaba en el sentido de una koiné grecolatina que los percibía a todos como un ser civilizado en potencia.⁷⁵ Sin embargo, el geógrafo también se sumó a la consideración de que el comportamiento civilizado no era sinónimo de lo perfecto. De acuerdo a la división entre griegos y bárbaros Estrabón pensaba lo siguiente:

Esta división debe hacerse según la hombría de bien o la maldad, pues muchos de los griegos son malos y muchos de los barbaros son educados, como los indios y los de Ariane, y, también los romanos y los carqedonios, que se administran políticamente de manera tan admirable (...) esta división se basa en el hecho de que entre unos domina la legalidad, el sentido político y lo propio de la educación y el bien decir, y entre otros, lo contrario.⁷⁶

Como puede verse, el autor divisaba comportamientos propios de una civilización, tanto entre los romanos como entre los llamados bárbaros, así como también negaba la bondad entre aquellos –griegos- que supuestamente ya habían sido instruidos por los ideales de la romanidad. Asimismo, para Estrabón el vivir civilizadamente no implicaba vivir necesariamente del lado correcto, ya que habían aspectos de la *civitas*, tales como el lujo y la ambición, que eran negativos y no representaban al genio romano, lo cual también puede apreciarse en la siguiente cita que hace referencia a los escitas y su asimilación del modo de navegación griego:

Una vez que han alcanzado el mar, se han vuelto también peores, ya que no solo saquean y matan extranjeros, sino que también, al entrar en contacto con múltiples pueblos, copian los lujos y prácticas comerciales de los mismos. Aquello que parece llevar a un mayor

⁷⁴ Espelosín, *Op.cit.*, p.409

⁷⁵ Según Nicolet, aquel también era el punto de vista de Eratóstenes hacia el siglo III a. C.

⁷⁶ Estrabón, *Geografía*, I, p.383

grado de civilización pervierte las costumbres e introduce el fraude en sustitución de la franqueza.⁷⁷

Para el geógrafo, los fines comerciales orientados al lujo tendían erróneamente a ser considerados como un aspecto positivo del hombre civilizado, y que de una forma igualmente equívoca era imitada por los escitas. De acuerdo a ello, las actitudes orientadas a la justicia y piedad eran las que establecían la verdadera línea divisoria entre los distintos tipos de comportamiento humano, lo cual podía aducirse para el ejemplo de los albanos: “estos hombres se distinguen además por su bondad y generosidad, son francos y no tienen espíritu de comerciantes, pues normalmente ni siquiera utilizan la moneda, ni conoce ningún número mayor del cien”.⁷⁸

Se valora la existencia de un ser humano virtuoso en el límite del mundo habitado, se admira a aquellos que son felices según la lógica, no de la opinión, sino de la naturaleza.⁷⁹ Todos estos autores aceptaron al hombre como un ser capaz de pensar racionalmente y seguir el ejemplo de la virtud romana, sin embargo, tampoco la redujeron a todos los romanos, llegando incluso a cuestionar los parámetros que definían qué era lo positivo y lo negativo del comportamiento humano. De este modo, la perspectiva racial de la civilización dejó de considerarse como el modelo ejemplar que definía el límite entre Roma y el más allá. Lo esencial a entender aquí es que, si bien el modelo de la civilización que debía ser imitado era únicamente aquel que se condecía con el genio romano, también era cierto que, tanto romanos como bárbaros podían ser tan portadores de aquel, como actuar en ausencia de éste.

Respecto a la cita sobre la isla de Tapróbane, la moral del consumo y el valor de los bienes de lujos, fueron trabajados en relación a un fin moralizante, donde el hombre, más que Roma, era el objeto esencial. Es él quien tenía la capacidad de razonar y por ende, la responsabilidad para actuar del modo correcto frente a los demás. Ello explica a Fontán la idea optimista que Plinio tuvo del mundo y de la civilización, su fe en el progreso y en la capacidad humana de salir adelante,⁸⁰ no en el sentido único de

⁷⁷ *Ibíd.*, VII, p.254

⁷⁸ *Ibíd.*, XI, p.101

⁷⁹ García Ramón, *Geografía*, Introducción, p.153

⁸⁰ Plinio, *Historia Natural* (Introducción), p.198

civilización, sino en el sentido de la virtud que tanta falta hacía al hombre en época imperial. Para finalizar detengámonos en lo que señalaba Plinio respecto a la tierra:

Ella es de los hombres, igual que el cielo de Dios: la que nos recoge al nacer, nos alimenta desde que nacemos y cuando estamos criado aun nos sigue sustentando siempre. (...) Benévola, apacible, condescendiente y fiel servidora del interés de los mortales, cuantos productos la obligamos darnos, cuantos prodiga espontáneamente. (...) Nos proporciona el remedio de los males, nosotros lo convertimos en el veneno de la vida ¿acaso no utilizamos también de un modo semejante el hierro del que no somos capaces de prescindir? (...) penetramos en sus vísceras excavando las venas de oro y plata así como el mineral de cobre y de plomo (...) ¡ y todavía nos extrañamos si ella cría algunas sustancias para hacer daño! Pues las fieras, creo yo, la cuidan y la protegen de las manos sacrílegas.⁸¹

El hombre era culpable de su propia miseria, al mismo tiempo que él era el único capaz de revertir el mal que había causado a través del reconocimiento de que la única solución estaba en su naturaleza, a la cual debía respeto y cuidado. Consideró también un gran ejemplo la admiración que hacían de la tierra y la protección que le otorgaban las fieras, lo que vendría a constatar que la conducta virtuosa se aproximaba incluso a aquellos que jamás podrían integrarse al mundo civilizado. Lo esencial del modelo didáctico de Plinio debe identificarse como un llamado de atención para que el ser humano pudiese conocerse a sí mismo, no solo como hijo de su patria, sino como hijo de la naturaleza.

VII- Conclusión

La ecúmene de Plinio estuvo compuesta por naciones de pueblos que abarcaron la totalidad del mundo conocido y de acuerdo a ello, la selección de los más diversos relatos, ya sean históricos -en las partes de la tierra conocidas- y míticos -en las zonas del límite y más allá de aquel- obedeció a su propia consideración de que todo conocimiento era parte del aprendizaje del cual todos los seres humanos deberían ser conscientes. Frente a esto, Plinio se volvió crítico de todas las verdades que comenzaban a expandirse

⁸¹ Plinio, *Historia Natural*, II, 417 y 418

por Roma en época imperial, de modo que, tanto las creencias griegas, como los cultos orientales, solo podían confirmarle una cosa, que Roma era el ejemplo de grandeza y superioridad moral.

De acuerdo a lo anterior, en una primera instancia se entiende que la *Ecúmene* que Plinio describía hacía alusión a la totalidad de creencias, al mismo tiempo que el patriotismo romano auspició su relato, lo cual a primera vista parecía ser contradictorio, sin embargo no fue así. El apego hacia Roma por parte del humanista de la época se explica a partir de las normas de conducta que debían guiar al buen ciudadano, las cuales estaban a su vez garantizadas por los dioses del panteón pagano bajo cuya autoridad la religión se había convertido en una práctica cotidiana. Ni Plinio ni Cicerón lograban concebir un modo de ser ajeno al genio romano, según el cual la virtud, la piedad y la fidelidad al compromiso era la manera correcta de comportarse en sociedad.

Por consiguiente, la llegada de cultos orientales y múltiples verdades, de las cuales ambos fueron testigos durante sus viajes al servicio del Imperio Romano, produjeron dos cosas esenciales en el espíritu de ambos, por una parte, confirmaron su genio romano y por otra, los hicieron ser conscientes de que, a pesar de la diversidad espiritual y cultural, todos los seres humanos eran capaces de razonar y lograr actuar virtuosamente. Respecto a lo primero, podría decirse que, la desconfianza frente a lo nuevo y la inseguridad en relación a lo que el otro podría significar dentro de lo propiamente romano, los hizo volcarse sobre sus propios fundamentos de ciudadanía. En cuanto a lo segundo, la falta de convencimiento acerca de lo que era real llevó a estos hombres a concebir la naturaleza humana como la única esperanza para que el hombre lograra en algún momento reconocerse a sí mismo. Se inicia la búsqueda del conocimiento sobre uno mismo, en que la sabiduría es la madre de aquel que, guiado por la naturaleza, podría distinguir llegado el momento entre las cosas buenas y malas. De este modo, todos los seres humanos, como hijos de un solo entorno, tenían el potencial de razonamiento necesario para distinguir sus diferentes opciones de ser.

Esto permitió a hombres como Plinio y Cicerón, reconocer en los hombres que, el primero describe, y el segundo gobierna, la capacidad de mejorar y progresar. No obstante, Cicerón no logra percibir la virtud y el buen actuar como algo ajeno al ser

romano de su época. Plinio, por el contrario, logra concebir que los ideales de virtud, originarios sí de Roma, no son adjetivos propios de los romanos de su presente.

Junto a otros humanistas, como Estrabón y Plutarco, logramos identificar comportamientos propios del hombre romano civilizado que se alejaban completamente de la virtud, lo cual nos llevó a suponer que el límite entre el mundo conocido y el mundo desconocido podía concebirse, no a partir de la civilización, sino, en relación a la moderación, austeridad y otras virtudes frente a las cuales todos los hombres se hallaban en pie de igualdad. De acuerdo a esto, lo bueno y lo malo no dividía lo conocido de lo desconocido, ni al ser que conocía, del que no conocía la civilización, el límite que impuso estaba entre aquellos que eran y no eran virtuosos.

Hubo romanos, por ende, que vivían según el genio romano y otros que, corrompidos por el vicio y la búsqueda de placer, se alejaron de él. Por otro lado, hubo seres humanos salvajes, concebidos a través de mitos y habladurías, que aun no conocían los vicios de la civilización y que por lo tanto, fueron valorados positivamente, ya que aún tenían la oportunidad de explotar la pureza de su razón, en la medida que se mostraran apacibles, bondadosos, y más lejanos al vicio que algunos romanos. De acuerdo a esto, las personalidades estudiadas vinieron a representar un auge espiritual que logró integrar a todos los habitantes de la *Ecúmene* dentro de un mismo universo, al mismo tiempo que los concibió a todos potencialmente capaces de actuar según la virtud romana, la cual, en algunos casos, estuvo más cercana a pueblos considerados bárbaros que a determinadas actitudes propias del ciudadano imperial.

El viaje para Plinio se convierte así en una experiencia única, es un acontecimiento instructivo en la medida que le enseña una nueva forma de comprender los diferentes grupos humanos mediante el don de la curiosidad, a través del cual es capaz de tomar conciencia sobre una diversidad cultural y espiritual de la cual bien pudo sentirse partícipe, reflejando en los demás los valores propios, buscando en el otro actitudes que permitan apreciarlo desde una perspectiva universal.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes y Documentos

Cicerón, *Obras Completas*, Anaconda, Buenos Aires, 1946

Estrabón, *Geografía*, trad. García Blanco, José y J.L., García Ramón, Gredos, Madrid, 1991

Plinio el Viejo, *Historia Natural* Libros II, III, IV, V y VI, Fontán, Antonio; García, Ignacio; Del Barrio, Encarnación; Arribas, M. Luisa (trad.), Gredos, Madrid, 1998

Plutarco, *Cuestiones Romanas*, Marcos Casquero, Manuel-Antonio (trad.), Akal, Madrid, 1992

Plutarco, *Obras Morales y de Costumbres*, Gredos, Madrid, 1984

Bibliografía Secundaria

Ajá, José Ramón, “Tolerancia religiosa romana e intolerancia cristiana en los templos del Alto-Egipto: Raíces y huellas”, *Gerión*, 25, núm. 1, 2007, pp. 417-470

Beagon, Mary, “The curious eye of the elder Pliny”, Gibson, Roy y Morello, Ruth (Ed), *Pliny the Elder: Themes and Contexts*, Brill, Boston, 2011, pp.71-88

Conta, Gioia, “El Estudio de la Geografía Histórica”, *Revista Semanas de Estudios Romanos*, XII, ISSN 0716-6214, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2004, pp.19-29

Cruz, Nicolás, *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, ed.ril, Santiago, 2010, pp.235-272

Espelosín, Francisco, *Introducción a la Grecia Antigua*, Alianza, Madrid, 1998

Fridländer, Ludwig, *La Sociedad Romana, historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos*, Fondo de cultura económica, Ciudad de México, 1947

Grenier, Albert, *El genio romano en la religión, el pensamiento y el arte*. UTEHA, Ciudad de Mexico, Mexico, 1961

Grimal, Pierre, *La civilización romana. Vida, costumbres, leyes, artes*, Paidós, Barcelona, 1999

Letta, Cesare, “Las religiones orientales y sus lugares de culto”, *Tiempo y Espacio*, nr.7 - 8, Universidad del Bío-Bío, 1997/1998, pp.63-66

Liebeschuetz, Wolfgang, “Religion”, *The Cambridge Ancient History, Vol XI The High Empire, A.D. 70–192*, Bowman, Alan (Ed), Cambridge University Press, Nueva York, 2008, pp.984-1008

Murphy, Trevor, *Pliny the Elder's Natural History, The empire in the encyclopedia*, Oxford University Press, Nueva York, 2004

Nass, Valérie, “Imperialism, Mirabilia and knowledge: some paradoxes in the Naturalis Historia”, Gibson, Roy y Morello Ruth (Ed), *Pliny The Elder: Themes and Contexts*, Brill, Boston, 2011, pp.57-70

Nicolet, Claude, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, vol. II, Labor, Barcelona, 1984

Pina, Francisco, *Marco Tulio Cicerón*, Ariel, Barcelona, 2005

Purcell, Nicholas, "Rome and Italy", *The Cambridge Ancient History, Vol XI The High Empire, A.D. 70–192*, Bowman, Alan (Ed), Cambridge University Press, Nueva York, 2008, pp. 405-440

Sagrستاني, Marta, *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, Ril, Santiago, 2010, pp.131-153

Schultze, Clemence, "Encyclopaedic exemplarity in Pliny the elder", Gibson, Roy y Morello, Ruth (Ed), *Pliny the Elder: Themes and Contexts*, Brill, Boston, 2011, pp.167-186

The Encyclopaedia Britannica, a dictionary of arts, science, literature and general information, Vol XXI, Cambridge University Press, Nueva York, 1911, pp. 841 844

Villalobos, Alejandro, *La Antigüedad, Construcción de un espacio interconectado*, Ril, Santiago, 2010, pp.273-298